

†
J. M. y J.

Málaga 9 de Julio de 1779

Amadísimo y venerado Padre mío en el Señor:
Sea Dios siempre con nosotros para que acertemos
á servirle, Amen.

A mi llegada á esta escribí á usted con alguna extensión, aunque de prisa, y le incluí la carta á la Sra. Marquesa de Casa-estrada, á quien escribí aquel correo, pero ignoro su recibo y sentiré se haya extraviado ó perdido; mas en todo quiero sea la voluntad de Dios, no la mía, la que se cumpla. En ella daba á usted cuenta de los sucesos de la misión de Baza, y lo demás acaecido desde la anterior hasta entonces. Ahora no ocurre más que remitir á usted esos papeles de la Biznieta, á quien quisiera oyese y viese, porque me parece es hija de su espíritu de usted, ó que siempre ha bebido en esa fuente, según la semejanza de pensamientos que en todo manifiesta. Su padecer interior y exterior, es sobre ponderación terrible y continuo, casi sin intermisión y lejos de toda sensibilidad en el trato con Dios: es horrible su desolación en más de ocho ó nueve años á esta parte, prescindiendo de lo anterior que casi siempre ha sido padecer y penar; sus tentaciones vehementísimas, continuas y generales; su recurso la resignación y una igualdad notable en todas las cosas con el querer de Dios; yo creo necesitaba de Piloto más diestro que el que tiene para que la gobernase.

De lo que dije á usted del Santo Tribunal, me

avisan que parece sigue con alguna viveza y que se ha añadido la delación de aquellas cuentas Marianas, de que me creo dí á usted algunas, por las cuales rezando algo equivale á tres mil gracias reservadas que aun no se dá al público por vivir en las Indias la Religiosa á quien se concedió. Espero me avisen ó me lleven, y para todo juzgo que me hallo con paz y quietud, porque no hallo culpa conocida ni advertida; aunque sentiré infinito la haya, sea como fuere.

En el campo he estado trece ó catorce días y es muy poco lo que he adelantado, la debilidad sigue, bien que no es muy grande; sigo excusando trabajo, aunque no todo, porque no deja de venir gentes á ocuparme en consultas, etc. Ahora ocurre la novedad que á fines de este mes tengo que pasar á Jerez, al bautismo del primogénito de los Sres. Marqueses de Villapanés, logrado después de muchos años de matrimonio; porque los años pasados, pasando por allí y clamándome por esto, me previnieron que, si lo conseguían, había yo de cristianarlo; y los Religiosos claman que vaya, por ser casa tan especialmente de la Orden. Siento hacer este viaje, porque conozco no le ha de gustar á usted, pero procuraré sea tomando algunos alivios. Esta se la incluyo al P. Fr. Eusebio, porque tengo que escribirle, que nosotros tenemos las cartas libres y por ser gruesa creo irá más segura.

Del P. Fernandez tuve carta días pasados, sobre la ida á Ronda, que no se efectuó, porque mis Prelados consintieron á los empeños que acá le hicieron; parece sigue ya perfectamente bueno. Ojalá lo esté usted, Padre de mi alma, que no es pequeño el cuidado en que me tiene su salud; sea lo que Dios quisiere. No olvide usted darme su bendición

que con ella vivo y con sus oraciones: en las mías pido siempre á Nuestro Señor me guarde su vida muchos años en su santo amor y gracia.

De usted su humilde y afectísimo menor hijo

Q. S. P. B

Fr. Diego J. de Cádiz.

NOTAS

Cuando escribió el Beato esta carta aun no le habian entregado la anterior de su P. González, á la cual contesta con júbilo de su alma la que ponemos á continuación.

†

J. M. y J.

Málaga 16 de Julio de 1779

Amadísimo y siempre venerado Padre mío en el Señor: sea este siempre con nosotros para que acertemos á servirle.

Padre mío: Recibo la muy apreciable de usted del 28 del pasado. Pero ¿cómo le daré á conocer el gozo, el reconocimiento y los muchos y varios afectos de esta pobre alma? Déselos Dios á conocer á usted con la verdad de que ella no tiene otro movimiento ni acción que aquella que usted en su intención ó en sus expresiones le quiera dar. Sí, amado Padre de mi alma, sucede muchas veces que, cuando llega su carta ó mandato de usted. ya há días que mi corazón se siente deseoso ó inclinado á lo que en ella me escribe, de que he inferido, que cuando usted allá lo piensa ó lo quiere, resulta por acá aquello mismo. Ah! cuánta será mi infelicidad si nó sé agradecer este beneficio! Dios premie á usted lo mucho que en mí trabaja y haga no se pierdan sus sudores. Con ésta última respiró esta alma siempre ruín y para nada: sus oportunas doctrinas me dieron notable luz para conocer mi obligación y mi miseria: ojalá sepa acabar con esta para cumplir con aquella! Saltaba el corazón de gozo, como en todas le sucede; pero llegando al anuncio que el año inmediato darán principios mis trabajos y tribulaciones, fué tanta la abundancia de consolación y alegría, que interrumpió la lección una avenida de lágrimas, que aunque no muchas

(siempre es esto en mí muy escaso) fueron bastante para hacerme conocer no podía el corazón con tanto consuelo. Seré yo tan dichoso que logre esta felicidad? No la merezco! usted me lo dice y yo lo conozco así, que no acabo de proporcionarme para tanto bien. Lo deseo, pero no quito los impedimentos, y así temo que si, Dios no lo hace todo, me quedaré siempre así, lo que solo pensarlo me amarga infinito, porque impido lo que quiere obrar en mí. Que saeta no es para mi corazón, aquella repetida expresión que usa usted en sus cartas. que soy llamado para *capuchino, misionero y santo*. No puedo leerla sin que todo el interior y aún las entrañas se conmuevan con dulce pero extraña fuerza. Ella es un clavo que á todas horas punza sin lastimar, y en toda ocasión y circunstancia la veo inseparable de mí: usted me lo dice inspirado de Dios, sin haberle yo manifestado los prodigios que motivaron y acompañaron mi vocación. Los diré ahora para cumplir lo que usted me manda de darle cuenta de todo.

En mis primeros años me dió el Señor un corazón dócil é inocente; seguí los estudios con muy escaso aprovechamiento por mi notable rudeza é inaplicación: no obstante á los 12 años ya estaba estudiando *súmulas*, lógica y metafísica entre los RR. PP. Dominicos en Ronda. Volví el verano á la casa de mis padres repudiado de mi Lector para no volver á la clase por incapáz etc.: conseguí con esto fuesen mayores los desprecios con que hasta allí habia sido tratado y que me estrechasen á tomar destino. En medio de esto conservaba notable repugnancia ó desafecto á el estado religioso, máxime Capuchino. Sucedió una mañana de aquél año, que fué el de 56, que entrando á oír misa en

nuestro convento de Ubrique en ocasión que estaba la Comunidad cantando Prima ó no se qué hora menor, de improviso se llenó mi alma toda de un gozo tan extremado y de una admiración tan rara, que casi salí de mí, pues me parecia nuestra música (que usted sabe la que es), la cual jamás habia oído, no música de hombres, sí de un coro de Angeles ó un remedo de la Bienaventuranza. No sabré explicar á usted los efectos que causó en mi interior, porque ni el gozo me lo dejaba conocer, ni yo entendía de tales cosas. Acabada la misa, que no sé si atendí á ella, nos retiramos á casa, alegre sí, pero sin otra novedad. De aquí empezó un afecto interior á la religión tal que el alma se me iba por ella. Con esto procuraba, cuando podia, inclinar á quien me sacaba á Misa á que fuese á los Capuchinos, y ya me adelanté á entrar en la sacristía para ayudarlas. Pedí la vida de algún Santo de la Orden y me dieron la de nuestros santos San Fidel y San José de Leonisa, uno y otro misioneros, y luego la del V. P. Fr. José de Carabante, llamado el Apóstol de Galicia: encendiéndose con esto un fuego en mi corazón que aun no teniendo yo más que 13 años me deshacia por el retiro, el trato con Dios, la mortificación, etc. Llevado de estos deseos sin consultarlo con otro me até algo fuerte unos cordeles á la cintura y muslos que impidiéndome para andar, respirar etc., hube de quitar uno y aflojar algo los otros, mas no tanto que no me hiciesen algunos notables cardenales, porque de noche y dia los tuve muchos días; el de la cintura, hasta que algún cardenillo que crió me obligó á dejarlo y el del muslo hasta poco antes de venir á tomar el Santo hábito.

Había en el convento un sacerdote ejemplarí-

simo, con el que me confesé, y con su dictamen lo hacía todos los domingos con grande consuelo y utilidad mía, pues la menor imperfección me parecía una montaña, sin declinar jamás en escrúpulo, antes me reía de ellos. El oír á este religioso que tenía dón especial de hablar de Dios, me encendía en su divino amor y en unas ánsias insaciables de ser santo; para esto sin entender estas cosas ni aconsejármelo alguien, formé un librito de propósitos de aquellos ejercicios y virtudes más altas que á mí se me proponían ó leía en los santos, (este libro se me perdió en el noviciado); todo mi afán era ser *capuchino para ser misionero y santo*, y así me entretenía, para divertir mis ánsias, en cortar ó formar de papel capuchinos con la cruz en la mano en acción de predicar, ó pintarlos con saliva en las puertas ó mesas, etc.

Obligado de mi interior, me resolví á pedir el santo hábito al P. Guardián de allí, quien me respondió lo diría á mi Padre; yo con el miedo que le tenía lo escusé; pero instado de mi interior volví á clamar, y el Prelado no haciendo caso de mi miedo lo dijo á mi Padre, y resultó una terrible conjuración de mi madrastra y los suyos: de mi Padre nada, ni en favor ni en contra. Era de noche y de día un continuo sermón con mil amenazas, promesas, etc.; yo callaba á todo, y cuando salía de su presencia me ponía á saltar de gozo en aquella dura conjuración, llamando á los ángeles para que la celebrasen conmigo. Ultimamente, allanado todo, me examinó el dicho P. Guardián en la gramática y me halló inhábil: no obstante sacó mi Padre la licencia del M. R. P. Provincial, pasé con ella á Sevilla, me presenté á examen, y siendo el mismo que antes y los examinadores rígidis, cobré

fama de gramático; vestí el santo hábito de catorce años y siete meses, siendo mi noviciado acompañado de estos dos prodigios: el primero de una opinión de santidad en la comunidad no vulgar (pero yo sin cosa de virtud interior); y el segundo, que siendo incapaz de leer el castellano sin fastidio mío y de quien me oía, luego que vestí el santo saco, leía con tanta perfección que servía de admiración á todos; esto de pronto, sin entender yo de donde me venía tanto bien. Desde entonces fué mi ardiente deseo ser *Capuchino, Misionero y Santo* hasta lograr dar mi sangre en el martirio, etc. Yo no me acuerdo haber dicho á usted estas cosas: si las he dicho perdóneme usted esta cansera.

De aquí puede usted inferir con cuanta propiedad me repite dicha cláusula y con cuanto rigor debo yo observarla, y no menos los efectos que causan en mí sus doctrinas. Aseguro á usted no ha encontrado esta pobre alma otra luz que la que por usted se le comunica; creo lo digo todo con esto. Voy ya á responder á las nueve preguntas que usted me hace.

1.^a Sobre la alocución en la Universidad esta pude en los brevísimos intervalos de las tareas y en aquellos pocos días apuntar lo que andando, rezando, etc., me iba ocurriendo: y dicha en el Claustro la pidieron allí en público algunos señores, por lo que la saqué en limpio añadiéndole alguna breve exposición ó mudándole alguna cosa, de que aun creo le falta á la que usted tendrá estas dos: donde dice *de hoc queritis inter vos* antes del *quomodo hic litteras scit, etc.*, pongo: *unde huic sapientia hæc?* En la otra poco después, *non utique ego solus, sed gratia Dei mecum*, añado *siquiden gratia Dei sum id quod sum*. Pero todas ó casi

todas las que he visto han salido con muchos yerros.

2.^a El sermón á la Universidad no lo escribí ni aun lo apunté. Antes solo pude formar la idea en los términos que á usted dije y en la misma mañana, ayudándome mi compañero, busqué en las concordancias que de la obra del Santo hizo un P. Dominico antiguamente algunas sentencias sueltas, que conforme iban saliendo me iban dando asunto: en aquella mañana hice la división toda en mi mente pero tan confusa que aun en el púlpito dudo si salió clara: en los días antecedentes todo era confusión y fatiga y sólo el tema me ocurrió con firmeza y claridad. Después nada he escrito de él, ni apuntado.

3.^a En el sermón de enemigos en Baza me inclino á que antes de él me acordé de esas palabras del V. P. Señeri que leí habrá unos siete ó más años, y apunté en un sermón que formé entonces á este asunto; mas no con todas sus cláusulas. No debo ocultar á usted lo que en esto me sucede; y es que una doctrina, expresión, modo etc., que he leído ó recibido ó practicado en alguna parte, aunque se me ocurra en otra con igual motivo, no me parece hago bien en decirla ó hacerlo, y así la omito ó la digo según me parece ser movido; v. g. Atenta la dureza que advertí en Baza parecía oportuno repetir lo que hice en Málaga, de bajarme del púlpito sin hacer el acto de contrición; me lo aconsejaba mi compañero, y yo conocía en mí una repugnancia tal, que me creí habia de ser motivo de risa y no de compunción, si lo hubiere ejecutado, y así lo omití, porque no podía vencerme á ello. Esto propio me sucede con esa cláusula del Padre Señeri; suelo siempre acordarme de ella pero rarísima vez la

uso, porque no me siento movido. Yo haré lo que usted me mande, pues creo es esto lo que ha dicho.

4.^a Del ciego de Baza nada más supe, porque lo que le avisé á usted lo entendí en el camino ya viniéndome y despues nada he preguntado, ni sé que ha sucedido. En el mismo camino supe de boca de un sacerdote haber recobrado oído una señora muy sorda con una cedula de nuestra Señora que le envié ó le dieron.

5.^a El satisfacer por escrito á cuantos me escriben ó consultan es uno de los puntos más graves y que más abruma mi espíritu, porque lo veo imposible y es el renglón más gravoso y fuerte de mi ministerio. Mi manejo en esto es, no seguir correspondencia alguna salvo con el señor Cardenal Patriarca á quien aviso mi salida ó vuelta de mision, Pascuas y días ó algún otro gravísimo inexcusable empeño de algún Ilmo. ó comunidad etc. Tal vez á algun conocido ó persona de mi obligación, pero muy de tarde en tarde, pues ni con mis dos hermanos la sigo, porque no tengo tiempo para ello. A cartas de empeños para empleos, dotes, limosnas etc., es muy rara á la que respondo. A las de pedirme oraciones, curaciones etc., casi á ninguna. A las de direcciones, unas más, otras menos, conforme puedo ó me siento inclinado. Cuando estoy conquistando para Dios algún alma procuro no faltarle correo, sea como fuere, ó con cuanta frecuencia es posible.

Tampoco quiero ocultar á usted, Padre de mí alma, otra cosa que en esto sigo: y es, que habiendo leído (si no me engaño) que la gran caridad de San Francisco de Sales se valia de enamorar santamente á algunas criaturas para traerlas á Dios, sacándolas de sus amores profanos, procuro yo hacer

algo de esto, tratando con mucho cariño á la gente moza, especialmente mujeres ó monjas cuando las veo engreidas ó en peligro de ello; es grande entonces el amor que les cobro y manifiesto, de suerte que por aquel rato me parece olvido lo demás, y luego me hallo que si hablo á otra sucede lo mismo, como olvidando la primera, cual si cada una fuese sola. Se deshacen mis entrañas y hay veces que sospecho de mí, si será esto sensualidad, sin quitarme este temor el verme libre de malos deseos (aunque las imágenes suelen ir y venir). A todos luego que los veo movidos, sean hombres ó mujeres, me parece les daría mil abrazos allí públicamente y haría locuras con ellos, que ni acierto á darles penitencias, ni á dejarlos ir, etc. De aquel cariño ó trato afabilísimo con la gente moza tengo para mí que á cuantas criaturas me he inclinado así, les ha dado Dios, cuando menos, deseos de ser buenos. Con la gente casada y con todos sucede otro tanto. Si tengo que enmendar, estoy pronto: he hecho y hago mil propósitos, y en llegando la ocasión los quebranto. Solo en el amor y trato con los prójimos conozco esta sensible dulzura y movimiento.

6.^a La misión del próximo invierno principará por ese Arzobispado, bien que dudo por cual de sus pueblos. He entendido que por Carmona, pero por otra parte he sabido que será Jerez, el Puerto y Utrera. De todos modos espera esta pobre alma el ver á su amadísimo Padre y echarse á sus piés, para recibir con su bendición, vista y trato el esfuerzo que necesita y el consuelo que espera bien que resignada. O si yo, Padre de mi corazón, pudiese expresar á usted la fuerza de mi alma por usted, y cuanto y cual efecto me causa el oírle á usted la caridad que le debo! Todo lo necesita mi

suma miseria, para no ser tan extremada, como por sí lo sería.

7.^a Cómo vive mi corazón y dónde mora me pregunta usted: ¿á qué propende? Qué querría, si se le llenase su querer? Confieso que soy obscurísimo para entenderme y más para explicarme. Me parece vivo en una prensa estrechísima, porque viendo mi obligación y necesidad de ser todo de Dios, no lo soy; vivo con una sed insaciable de mi Dios para agradecerle en todo, y ni lo logro ni creo lo procuro. No hallo cosa que llene mi deseo, aunque se me concediera la perfección de todos los Santos y el amor de los Bienaventurados, pero me conozco distantísimo de proporcionarme. Revienta mi corazón por ser todo de Dios, por lograr su intento que es no faltar un ápice á lo que el Señor quiere de mí. De aquí es que cuando oigo ó pienso que en mis tareas censuran algo, se quejan, me delatan, etc., toda mi angustia es; *yo he faltado á lo que mi Dios quiere de mí; estos lo conocen y yo no.* Si temo como miserable la desgracia de los poderosos, me parece que sin mucho trabajo se desvanece; mas en llegando á esto de haber faltado en un átomo á la voluntad de Dios y á lo que quiere de mí, no cabe consuelo en mi corazón. No me turbo ni me inquieto, pero sí me es una congoja tan interior y profunda, que si no me engaño, es ella la que debilita mis fuerzas más que las tareas corporales. Toda mi ansia es llenar lo que Dios ha dispuesto de mí, y en una palabra, Padre de mi corazón y de mi alma, ser en esto una perfecta semejanza de mi Señor Jesucristo, porque así lo sería en todo. ¡Ah si llegara este día tan deseado de mi alma! Solo con esto me parece sosegaría mi corazón. Deseo un interior, familiar y altísimo tra-

to con Dios, seco, amargo y lejos de toda sensibilidad; quisiera hacer asombrosos prodigios en el mundo; quisiera pasar las noches en oracion, sin necesitar de dormir; quisiera que á cuantos hablase y mirase se convirtiesen, y quisiera que sé yo qué? pues nada, nada, nada llena mi corazon, y creo que uno de los mayores quebrantos que padecieron los santos fué esta insaciabilidad de sus corazones en lo que deseaban obrar por Dios.

En medio de esto, si me hiciesen esconder en un rincón, viviría gustosísimo. porque me parece que nada quiero fuera de lo dicho. Me desconsuela no poco el poquísimo tiempo que tengo aún ahora para la oración. Esta es, no sé cómo, árida por lo común, pero creo no le falta la devocion sustancial y el mirar á Dios en todo, ó el deseo de agrardarle. No obstante, mis culpas son continuas, y sin enmienda mi falta de paciencia en el trato de las criaturas, especialmente si es impertinente ó estorba para lo que tenga ya pensado. El *stimulus carnis mae* es furioso, tal, que apenas me deja pensar algunos dias en otra cosa, dejándome en la angustia de si falté, si dí el motivo, etc., mas pasado suelo ya no acordarme de ello. Es un tormento durísimo; esto puedo decir: no sé si es lo que debo responder. He pedido luz al Señor para ello, y lo he escrito sin pensarlo y sin detener la pluma. Tengo la seguridad que la luz que á mi me falta para entenderlo y decirlo, usted la tiene para ver su verdad.

8.^a En cuanto á papeles ó M. S. solo conservo algunas, muy pocas y escasas apuntaciones de algunos sermones ó novenas, pero es raro; de misiones lo mismo, y aun para el clero no tengo apuntadas todas las ocho de los ejercicios. En el

dia no soy capaz de formar por escrito un sermón, cuando más apuntarlo; tal vez suelo hacerlo después, pero por pereza ó por falta de tiempo rara vez se hace. De lo demás de sucesos particulares, aunque me lo han encargado los compañeros, nada tengo por el mismo motivo y porque creo no puedo añadir á lo escrito ni qué son estos sucesos tan notables, como otros que oigo: y porque no todos los sé ni entiendo; en todo me sujetaré á lo que usted me ordene. Debo añadir que mi predicación siempre ó casi siempre es con angustia y fatiga interior, que no hay sermón, ni plática, ni conversacion que en tono de ella haya de tener, que no sea con mil angustias y costándome gotas de sangre como del corazón el hacerlo, y aun las palabras como si con garfios me las arrancasen de las entrañas. Esto unas veces más y otras menos, según el Señor quiere, pero lo común es así. No sé si nace de mi falta de fé, aunque en esto mismo procuro avivarla, ó de ser esta la voluntad de Dios por humillarme, como que todo es poco para este fin.

9.^a Creo que con esto lo tengo todo dicho y que nada de lo que advierto me queda por decir. Ya sé debo á usted tanta caridad, que la tiene para sufrir tanta simpleza mía. He agradecido á usted infinito la disertación que he empezado á leer con el aprecio debido; yo la deseaba, mas no me atrevía á pedirla á usted, porque ignoraba se hubiese impreso. Doy á usted, Padre de mi alma, las más rendidas gracias por ella.

La Biznieta aprecia muchísimo la caridad con que usted la trata, y con el amor que le tiene se ofrece á usted de nuevo á cuanto quiera mandarle; es horrible la desolación y tribulación interior y exterior en que vive, la que sabe disimular tan

bien, que ni aun conmigo se queja, y solo preguntada da una breve noticia, y si no se le pregunta más, se conforma, porque todo le parece leve. Ansía mucho por ver á usted y decirle mis cosas, que puedo asegurar las conoce mejor que yo, pues me da de ellas tal noticia que me las hace conocer.

Veo, Padre mío, cuanto le cuesta á usted el escribir, y considero cuanto le costará el leer; todo lo siento, porque veo no puedo aliviar á usted en cosa alguna. Mi Dios lo haga y que tenga usted el consuelo del alivio de esa pobre señora el que deseo de corazón. De salud y fuerzas sigo en los mismos términos, y para el día 22 pienso salir de aquí para Jerez, siendo Dios servido: estoy en que pasaré por Ronda por ser camino, y satisfaré á aquellas gentes, etc. Voy con una familia, que no me será difícil tomar algunos ratos de alivio, si me sintiere necesitado.

Nuevamente entrego á usted mi corazón y mi alma; téngala usted allá, y haga con ella lo que le parezca, que yo deseo no discrepar en cosa alguna de la voluntad de usted. No omita el mandarme lo que quiera, el darmé su santa bendición y el pedir á Dios por mi remedio. Yo siempre clamo por mi Padre de mi alma para que el Señor le conceda los deseos de su corazón, y me lo guarde muchos años en su santo amor y gracia.

De usted su menor y más indigno afectísimo hijo en el Señor q. s. p. b.

Fr. Diego José de Cádiz.

Parece que lo de la Inquisición parará en bien. Dios haga su santísima voluntad. Nada he sabido de la señora Casa-estrada ni su hija, porque no me ha escrito, y estoy con cuidado.

NOTAS

Para mí es indudable que el Beato Diego había contado al Padre González más de una vez toda su vida de pé á pá; mas el Señor permitió que en esta ocasión no se acordara de ello, ó lo diera así á entender, para que comenzara á escribir de propia mano su historia, y los admirables caminos por donde Dios lo condujo á la religión capuchina, y por ella á la cumbre de la santidad.

El sacerdote ejemplarísimo que dice el Beato moraba en nuestro convento de Ubrique fué el célebre P. Miguel de Benaocáz, maestro y Precursor de nuestro Beato Diego, según se colige de la oración fúnebre que este le predicó en las exequias que el pueblo de Benaocáz hizo á tan preclaro hijo suyo, sermón que anda entre las obras postumas del Beato, impreso en Madrid el año 1823.

Contestando á las nueve preguntas del Director, hace aquí el Beato una confesión tan sincera que, al par que su profunda humildad, revela su ardiente amor á Dios y á los prógimos. Del primero dice: *Revienta mi corazón por ser todo de Dios, por no faltar un ápice á lo que el Señor quiere de mí... Quisiera pasar las noches en oración, etc., etc.* Y de los prógimos dice: *Quisiera que á cuantos hablase y mirase se convirtieran... se deshacen mis entrañas (por los pecadores)... y luego que los veo movidos (á ser de Dios), sean hombres ó mujeres les daría mil abrazos públicamente y haría locuras con ellos.* Bien se ve por aquí que al Bto. Diego lo animaba el mismo espíritu de compasiva y ardiente caridad que tuvo Jesucristo con la Magdalena, con la Samaritana, con Zaqueo y con el Paralítico.

Muy notable parece también aquella frase: «Del cariño ó trato afabilísimo con la gente moza, tengo para mí que á cuantas criaturas me he inclinado así, les ha dado Dios, cuando menos, deseos de ser buenos.» O que grande cosa es para un alma ser querida de un santo ó amigo de Dios! A ese cariño deberá ella muchos favores del cielo. Tal vez por esto le encargue el Padre González á nuestro Santo tantas veces *que ame su alma*, lo cual repite una vez más en la que sigue.